

La Norteamérica imperial y la guerra

John Bellamy Foster

El 11 de noviembre de 2000, Richard Haass —miembro del Consejo de Seguridad Nacional y asesor especial del presidente Bush padre, y que pronto sería nombrado director de planificación de políticas del Departamento de Estado del recién elegido presidente George W. Bush— presentó en Atlanta un trabajo titulado «La Norteamérica imperial». Para que los Estados Unidos lograran sus objetivos de preeminencia global, declaraba, «haría falta que los norteamericanos «reconciliaran su papel para pensarlo en términos de una potencia imperial más que de una nación-estado tradicional.» Haass evitaba el término «imperialista» para describir el papel de Norteamérica, y prefería el de «imperial», ya que el primero connotaba «explotación, normalmente con fines comerciales,» y «control territorial». Sin embargo, la intención estaba perfectamente clara:

Defender una política exterior imperial es exigir una política exterior que intente organizar el mundo según ciertos principios que afectan a las relaciones entre los estados y a las condiciones internas de éstos. El papel de los EE.UU. sería similar al de la Gran Bretaña del siglo XIX (...). La coerción y el uso de la fuerza serían normalmente el último recurso. Lo que John Gallagher y Ronald Robinson escribieron sobre Gran Bretaña hace un siglo y medio, que «la política británica

• Artículo publicado en *MR*, vol. 55, n° 1, mayo de 2003, pp. 1-10. Traducción de Joan Quesada. Esta es una versión ligeramente revisada de la introducción a una colección de ensayos de Harry Magdoff, *Imperialism without Colonies* (Monthly Review Press, 2003). El libro incluye las notas a pie de página, aquí ausentes, que aportan una completa documentación.

seguía el principio de extender su control informalmente si era posible y formalmente si era necesario», podría aplicarse al papel de Norteamérica a principios del nuevo siglo» (Richard N. Haass, www.brook.edu).

La existencia de un imperio norteamericano no es ningún secreto. Es algo ampliamente, si no internacionalmente, reconocido en casi todas las partes del mundo, aunque tradicionalmente lo nieguen los poderes presentes en Estados Unidos. Lo que Haass pedía, sin embargo, era que Washington reconociera mucho más abiertamente su papel imperial, ante la población norteamericana y ante el mundo, para seguir avanzando en las ambiciones imperiales de Washington. «La cuestión fundamental que sigue teniendo pendiente la política exterior norteamericana», explicaba, «es qué hacer con el excedente de poder y con las muchas y considerables ventajas que dicho excedente confiere a los Estados Unidos.» El citado excedente de poder sólo podría utilizarse si se reconociera que los intereses imperiales de los Estados Unidos son de la misma magnitud que los de Gran Bretaña en el siglo XIX. Así pues, habría que comunicar al mundo que Washington está listo para «extender su control», informalmente si es posible y formalmente si no, para asegurarse lo que considera que son sus legítimos intereses sobre la faz de la tierra. La última sección del trabajo de Haass lleva por título «El imperialismo empieza en casa». Su conclusión era: «el mayor riesgo al que se exponen los Estados Unidos en esta coyuntura (...) es el de perder la oportunidad de conseguir un mundo favorable a sus principales intereses por hacer demasiado poco. La infralimitación imperial, y no la extralimitación, parece ser la opción de mayor riesgo entre ambas.»

Existen todos los motivos para creer que el argumento de la «Norteamérica imperial» que exponía Haass representa a grandes rasgos la perspectiva que ahora domina entre la clase dirigente estadounidense, así como en el Estado que sirve, principalmente, a esa misma clase. Después de negar durante muchos años la existencia del imperio norteamericano, la opinión dominante en los Estados Unidos ha adoptado ahora una postura que se vanagloria del «*imperium* norteamericano», con su «ejército imperial» y sus «protectorados imperiales». Tal cambio en la postura exterior se inició a finales de la década de 1990, cuando se puso de manifiesto que los Estados Unidos eran la única superpotencia que quedaba después del colapso de la Unión Soviética, y también que Europa y Japón, debido al descenso de sus tasas de crecimiento económico en relación a la de los Estados Unidos, ya no podían rivalizar económicamente en pie de igualdad con este país. Europa tampoco parecía capaz de actuar militarmente sin los Estados Unidos, ni siquiera dentro de su propia región, a juzgar por la debacle que supusieron las guerras civiles yugoslavas.

Después de que Washington lanzara su Guerra Global contra el Terrorismo, tras el 11 de septiembre de 2001, la dimensión imperial de la política exterior de Estados Unidos se hacía cada vez más evidente. Así pues, las autoridades políticas así como la corriente principal de los medios de comunicación describen el imperio de los Estados Unidos como una «carga» necesaria que le ha caído al país como consecuencia de su papel sin parangón en el escenario mundial. Se afirma que los Estados Unidos lideran un nuevo tipo de imperio, lejos del interés nacional, de la explotación económica, del racismo o del colonialismo y que sólo existe para difundir la libertad y los derechos humanos. Tal y como proclamaba Michael Ignatieff, profesor de Políticas de Derechos Humanos en la Kennedy School of Government, de la Universidad de Harvard, en el *New York Times Magazine* (5 de enero de 2003): «el imperio de Norteamérica no es como los imperios de los tiempos pasados, edificados sobre las colonias, sobre la conquista y sobre la carga del hombre blanco (...). El *imperium* del siglo XXI es un nuevo invento en los anales de las ciencias políticas, un imperio suave, una hegemonía global cuyos rasgos característicos son el libre mercado, los derechos humanos y la democracia, vigilados con la potencia militar más asombrosa que el mundo ha conocido jamás.»

Aparte de palabras altisonantes, lo que hace que tal «*imperium* del siglo XXI» constituya hoy una preocupación absoluta para la humanidad es la disposición de Washington a utilizar su incomparable fuerza militar para invadir y ocupar otros países cuando lo considere imprescindible para lograr sus objetivos. No obstante, tal y como observaba el economista indio Prabhat Patnaik hace más de una década, «ningún marxista ha derivado la existencia del imperialismo a partir de las guerras; al contrario, la existencia de guerras se explicaba en términos del imperialismo.» Una vez que la realidad del imperialismo ha regresado al primer plano de la atención mundial como consecuencia de las guerras, es importante explorar las causas subyacentes.

El imperialismo clásico

Dentro de las corrientes históricas convencionales, una de las explicaciones más influyentes del imperialismo británico del siglo XIX es la que aparece en un artículo titulado «The Imperialism of Free Trade» («El imperialismo del libre comercio»), escrito hace medio siglo por los historiadores económicos John Gallagher y Ronald Robinson. Haass utilizó parte de su análisis para proponer su argumento de la «Norteamérica imperial». La tesis central del artículo de Gallagher y Robinson era sencilla: *el imperialismo es una realidad permanente de la expansión económica en los tiempos modernos.*

Quienes asociaban primordialmente el imperialismo con las colonias y el colonialismo y, por lo tanto, utilizaban la lucha por África y la expansión *colonial* del siglo XIX como base para su modelo general de imperialismo, estaban equivocados. El imperialismo británico mantuvo esencialmente una misma lógica interna a lo largo de todo el siglo XIX, a pesar de su preocupación por expandir el libre comercio en una época y por anexionarse colonias en otra. Tal y como pensaban Gallagher y Robinson (en el mismo pasaje del que citaba Haass):

La política británica seguía el principio de extender informalmente su control si era posible y, si era necesario, formalmente. Llamar a una de estas formas método «antiimperialista» y a la otra «imperialista» es ignorar el hecho de que, fuese cual fuese el método, los intereses británicos se protegían y se extendían continuamente. La forma habitual de resumir la política del imperio del libre comercio como «comercia y no gobiernes» debería rezar «comercia y mantén un control informal si es posible, comercia y gobierna cuando sea necesario» (...). A pesar de (...) sus intentos de tener un «imperialismo a lo barato», el desafío extranjero al dominio británico en el África tropical [a finales del siglo XIX] y la ausencia comparativa de unas organizaciones políticas indígenas fuertes y de gran escala que tan bien habían servido a la expansión informal en los demás lugares, acabaron por dictar el cambio a un dominio formal.

Quienes pretendan comprender el imperialismo británico del siglo XIX, sugería el argumento citado, deberían centrarse más en el «imperialismo del libre comercio» que en el colonialismo. Sólo cuando no podían asegurarse los intereses económicos de Gran Bretaña con el control informal, se recurría al imperialismo formal o colonialismo —es decir, a la utilización directa y sostenida del control militar y político— para conseguir tal fin. Si a menudo se ha dicho que «el comercio sigue a la bandera», sería mucho más correcto decir que existía «una tendencia del comercio británico a seguir a la bandera invisible del imperio informal.» El «rasgo distintivo» del «imperialismo británico del libre comercio en el siglo XIX», afirmaban los autores, era que el uso de la fuerza militar y, en general, de su poder hegemónico se limitaba al de establecer unas condiciones seguras para el dominio y la expansión económica.

El ejemplo más claro de ese imperialismo informal fue el papel que jugó Gran Bretaña en Latinoamérica en el siglo XIX. Gran Bretaña mantenía su control en la región por medio de diversos tratados comerciales y relaciones financieras, protegidos con su potente marina. Tal y como explicaba el ministro de asuntos exteriores británico George Canning en 1824: «Hispanoamérica es libre; y si no gestionamos muy mal nuestros asuntos,

es inglesa.» En todas las épocas, sostienen Gallagher y Robinson, los británicos ejercían su influencia para convertir tales «áreas en economías satélite complementarias, que proporcionaban materias primas y comida a Gran Bretaña y que representaban un mercado cada vez mayor para sus manufacturas.» Cuando no le quedaba más remedio que hacer cumplir su dominio, Gran Bretaña siempre estaba lista para recurrir a la intervención activa, tal y como hizo repetidamente en Latinoamérica durante el siglo XIX.

Como señaló el distinguido historiador alemán Wolfgang J. Mommsen en su *Teorías del imperialismo*, la importancia del concepto de imperialismo informal es que tendía a cubrir la distancia que separa los enfoques marxistas de los no marxistas, ya que resaltaba la continuidad histórica del imperialismo como manifestación de la expansión económica (sin confundirlo simplemente con sus formas político-militares, de carácter más formal):

Al reconocer que existen muchos tipos informales de dominio imperialista que preceden o acompañan al establecimiento de un gobierno formal, o que incluso lo hacen innecesario, el pensamiento occidental [no marxista] sobre el tema del imperialismo se ha acercado a la teoría marxista (...). En términos generales, la mayoría de los teóricos no marxistas admiten hoy en día que la dependencia de tipo imperialista bien puede derivarse de las más variadas especies de influencia informal, sobre todo de las de naturaleza económica. Las fuerzas dominantes de la periferia colonial no siempre se veían obligadas a recurrir sistemáticamente a la utilización del poder político: solía bastar, generalmente, con que se supiera que los grupos locales proimperialistas podían contar con el apoyo de los poderes metropolitanos en caso de crisis. Así pues, el dominio político formal se presenta sólo como el tipo más específico de dependencia imperialista, pero no como el tipo habitual.

Irónicamente, Gallagher y Robinson distinguían su enfoque de las explicaciones clásicas de John Hobson (en su *Estudio del imperialismo*, de 1902) y de Lenin (en su *El imperialismo estadio superior del capitalismo*, de 1916) y asociaban las perspectivas tanto de Hobson como de Lenin con un espectro más limitado de casos que implicaban un control formal o colonialismo. En particular Lenin, afirman los autores, al identificar el último cuarto del siglo XIX, cuando las anexiones coloniales alcanzaron su cima, con un estadio cualitativamente nuevo del capitalismo —el estadio monopolista o imperialista—, asociaba imperialismo con control formal más que informal.

Sin embargo, esa crítica está fuera de lugar ya que Lenin mismo había insistido en que el imperialismo no implicaba necesariamente el control formal, como se apreciaba especialmente en el imperialismo británico en Latinoamérica en el siglo XIX. «La división del mundo en (...) países con

colonias, por un lado, y colonias, por el otro», observaba, no agota las relaciones centro-periferia entre naciones-estado. De hecho, Lenin señalaba la existencia de «toda una variedad de tipos de países dependientes; países que, oficialmente, son políticamente independientes, pero que, de hecho, están atrapados en la red de dependencia financiera y diplomática (...): la semicolonía», que incluye casos como el de Argentina, que era tan dependiente financieramente de Londres que era una colonia virtual.

La realidad de un imperialismo informal del libre comercio (o imperialismo sin colonias) nunca fue un enigma para la teoría marxista, que contemplaba el imperialismo como un proceso histórico asociado a la expansión capitalista —sólo secundariamente afectado por la forma particular en que se manifestara. La principal razón de que el último cuarto del siglo XIX quedara caracterizado como el *estadio* imperialista en la obra de Lenin, y en la de la mayoría de teóricos marxistas posteriores, no guardaba relación con el paso de un imperialismo informal a otro formal, o con el mero hecho de que se generalizaran las anexiones dentro de la periferia, sino que más bien tenía que ver con la evolución del propio capitalismo, que se había transformado hasta alcanzar un estadio *monopolista*, lo que producía un nuevo tipo de imperialismo. Sería ese análisis históricamente específico del imperialismo como manifestación del desarrollo del capitalismo en toda su complejidad (económica, militar y política; y afectando al centro y a la periferia) lo que conferiría a la teoría marxista del imperialismo toda su importancia como forma coherente de comprender las tendencias globalizadoras profundas del sistema.

En esa interpretación, el imperialismo era en cierto sentido inherente al capitalismo desde el principio. Muchas de las características del imperialismo contemporáneo, tales como el desarrollo del mercado mundial, la división entre centro y periferia, la lucha competitiva por las colonias o semicolonias, la extracción de excedentes, el hecho de asegurarse materias primas para llevar al país central, etcétera, forman parte del capitalismo como sistema global desde finales del siglo XIX. El imperialismo, en su sentido más general, tiene su origen en la dinámica de acumulación del sistema (algo tan básico como la búsqueda misma de beneficios), que incitaba a los países del centro de la economía capitalista mundial y, particularmente, a los intereses de los ricos dentro de esos países a enriquecerse con la apropiación de los excedentes y de los recursos vitales de la periferia —lo que Pierre Jalée denominó *El pillaje del Tercer Mundo*. Mediante toda una variedad de medios coercitivos, las economías satélites, más pobres, se estructuraban —a partir de la era de las conquistas, a finales del siglo XV y el siglo XVI— de tal manera que sus sistemas de producción y distribución estuvie-

ran al servicio, no tanto de sus propias necesidades, como de las de las metrópolis dominantes. Sin embargo, el reconocimiento de que tales puntos eran compartidos por el imperialismo en las diversas fases de desarrollo del capitalismo era absolutamente coherente con la observación de que se había producido un cambio cualitativo en la naturaleza y la significación del imperialismo que se había iniciado en el último cuarto del siglo XIX, lo que bastaba para que Lenin asociara tal hecho con una nueva fase del capitalismo.

Así pues, los marxistas han distinguido con frecuencia entre un imperialismo más antiguo y lo que se denominaba el «nuevo imperialismo», que dio comienzo en las últimas décadas del siglo XIX. Lo que distinguía a ese nuevo imperialismo eran primordialmente dos cosas: (1) el hundimiento de la hegemonía británica y el aumento de la competencia entre los diversos estados capitalistas avanzados por controlar los territorios globales, y (2) la aparición de las corporaciones monopolistas —grandes empresas industriales y financieras integradas— como actores económicos dominantes en todos los estados capitalistas avanzados. Esas nuevas corporaciones mastodónticas, por su propia naturaleza, buscaban expandirse más allá de las fronteras nacionales y dominar la producción y el consumo globales. Como observaba Harry Magdoff, «el impulso hacia la dominación forma parte integral del negocio.» Las empresas monopolistas enfrascadas en esa lucha imperial se veían favorecidas a menudo por sus propios estados-nación. Así pues, la teoría marxista del nuevo imperialismo, centrada en la aparición de empresas gigantes, apuntaba al cambio de las circunstancias económicas globales que se produciría junto con la aparición de lo que más tarde se denominarían las corporaciones globales o multinacionales. Todo eso se convertiría en el contexto en el cual fenómenos antiguos tales como la extracción de excedentes, la carrera por el control de las materias primas y los recursos o la creación de dependencias económicas en la periferia global se manifestaban en nuevas y transformadas formas.

Fue esa comprensión del imperialismo como realidad histórica del desarrollo del capitalismo, realidad que iba cobrando nuevas características según el sistema mismo iba evolucionando, lo que diferenciaba más profundamente el enfoque marxista de las interpretaciones convencionales. Estas últimas solían ver el imperialismo como una mera política y lo vinculaban primordialmente a las actuaciones políticas y militares de los estados. Según la perspectiva convencional más extendida (de la que discrepaban algunos historiadores económicos realistas como Gallagher y Robinson), el imperialismo aparecía sólo en casos de claro control político y territorial tras una conquista militar de facto. En contraste, según la perspectiva marxista, el imperialismo se derivaba no sólo de las políticas de los estados, sino tam-

bién de las actuaciones de las corporaciones y los mecanismos comerciales, financieros y de inversión. Implicaba toda una constelación de relaciones de clase, que incluían el hecho de alimentar la existencia de colaboradores locales o de elementos que actuaran como gestores e intermediarios en las sociedades dependientes. Cualquier explicación de cómo operaba el imperialismo moderno requería, pues, la descripción de la totalidad del sistema de capitalismo monopolista. El control informal de los países de la periferia del sistema capitalista mundial por parte de los países del centro del sistema era tan importante, según esta perspectiva, como el control formal. Las luchas por la hegemonía y, en términos más generales, las rivalidades entre los principales estados capitalistas eran continuas, pero sus formas eran cambiantes en función de los recursos económicos, políticos y militares de los que disponían.

La Norteamérica imperial en el mundo de la posguerra fría

Si el principal rasgo distintivo del imperialismo moderno, según la perspectiva marxista, tenía que ver con el ascenso a una posición dominante de los gigantes corporativos, el orden de poderes dentro del sistema, tal y como éste se refleja en la posición relativa de los diversos estados-nación, fue cambiando considerablemente con el tiempo. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la principal realidad global fue el declive de la hegemonía británica y el consiguiente aumento de la rivalidad entre los estados capitalistas avanzados, que llevó a la Primera y a la Segunda Guerra Mundial. El ascenso de la Unión Soviética en el contexto de la Primera Guerra Mundial supuso un desafío externo al sistema, que acabó conduciendo a las luchas de la Guerra Fría entre los Estados Unidos, la nueva potencia hegemónica de la economía del mundo capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, y la Unión Soviética. El hundimiento de esta última en 1991 dejó a los Estados Unidos como única superpotencia. Para fines de la década de 1990, los Estados Unidos también habían obtenido una ventaja frente a sus principales rivales económicos. El resultado de todo eso a principios del siglo XXI fue, tal y como declaraba Henry Kissinger en 2001, en *Does America Need a Foreign Policy?* [«¿Necesita Norteamérica una política exterior?»], que los Estados Unidos habían logrado «una preeminencia de la cual no habían gozado ni siquiera los más grandes imperios del pasado.»

Naturalmente, eso planteaba la cuestión de qué harían los Estados Unidos con su enorme «excedente de poder». La respuesta de Washington, sobre todo tras el 11 de septiembre, ha consistido en perseguir sus ambiciones imperiales con nuevas intervenciones en la periferia global, a una escala

inaudita desde la guerra de Vietnam. Al librar su guerra imperial contra el terrorismo, el Estado comulga con los objetivos expansionistas de sus empresas. La revista *Business Week Outline*, a finales de enero de 2003, describía los beneficios económicos derivados de una invasión de Irak por parte de los Estados Unidos del siguiente modo: «como el ejército de los Estados Unidos controlaría el petróleo y los depósitos de gas iraquíes (las segundas mayores reservas conocidas después de las de Arabia Saudita) durante algún tiempo, las empresas estadounidenses podrían esperar una gran tajada del negocio. Es posible que obtuviesen también derechos de perforación.» Las empresas del ámbito de los servicios petroleros, terreno en el que dominan los Estados Unidos, podrían «albergar el mismo sentimiento de victoria que las Fuerzas Especiales de este país.» De hecho, los principales objetivos de las invasiones militares de ese tipo son el cambio de régimen y la subsiguiente reestructuración de la economía del «estado criminal» —llamado así porque está fuera del orden imperial definido primordialmente por los Estados Unidos— para que esté de acuerdo con las exigencias dominantes de la economía del mundo capitalista, lo que incluye la apertura de sus recursos a una explotación más extensiva.

Richard Haass (cuyas responsabilidades en la actual Administración se ampliaron hasta incluir las de coordinador estadounidense de las políticas para el futuro Afganistán) señalaba en su libro *Intervention* que, a menudo, el cambio de régimen sólo puede lograrse con una invasión militar de gran escala que deje la nación conquistada arruinada y necesitada de la subsiguiente «construcción nacional»:

Resulta difícil apuntar a individuos específicos con la fuerza militar (...). Los intentos de los EE.UU. de usar la fuerza para provocar un cambio de liderazgo fracasaron en los casos de Gaddafi en Libia, de Saddam en Irak y de Aideded en Somalia. La fuerza puede crear un contexto en que el cambio político resulte más probable, pero, sin una inteligencia extraordinaria y algo más que un poco de buena suerte, la fuerza por sí sola es difícil que provoque cambios políticos específicos. La única forma de incrementar la probabilidad de tales cambios es por medio de formas de intervención altamente intrusivas tales como la construcción nacional, que implica, en primer lugar, suprimir toda oposición y, después, enfrascarse en una ocupación que permite un sustancial diseño de otra sociedad.

Una ocupación de ese tipo, tendente a la «construcción nacional», insistía Haass, implica «la derrota y el desarme de toda oposición local, así como el establecimiento de una autoridad política que goce del monopolio, o casi-monopolio, del control del uso legítimo de la fuerza.» (Esa es la conocida

definición de Estado de Max Weber, aunque en este caso impuesto por una fuerza invasora.) Así pues, se requiere, como observaba Haass citando a un analista de política exterior, una ocupación de «proporciones imperiales y, posiblemente, de duración indefinida.»

Precisamente ese tipo de invasión de «proporciones imperiales» y de duración incierta es la que parece que ahora [mayo de 2003] conforma la agenda de la guerra de Washington contra el terrorismo. En los procesos de ocupación y «construcción nacional» que sigan a las invasiones (como en el caso de Afganistán) se evitará el colonialismo explícito en su sentido decimonónico más descarado. No se efectuará anexión formal alguna y, desde el principio, se establecerá al menos un supuesto gobierno local, incluso mientras dure la ocupación militar directa. No obstante, uno de los objetivos centrales será el de conseguir parte de lo que el colonialismo en su forma clásica lograba antes. Como señalaba Magdoff:

El colonialismo, considerado como la aplicación directa de la fuerza militar y política, era esencial para reformar las instituciones sociales y económicas de muchos de los países independientes para que respondieran a las necesidades de las metrópolis. Una vez alcanzada tal reforma, las fuerzas económicas —los precios internacionales, los sistemas comercial y financiero— bastaban por sí solas para perpetuar y, de hecho, intensificar la relación de dominio y explotación entre el país matriz y la colonia. En tales circunstancias, se le podía conceder a la colonia la independencia política formal sin cambios esenciales y sin interferir de forma demasiado grave en los intereses que habían llevado originariamente a la conquista de la colonia.

Algo así está sucediendo en Afganistán, y algo así se prevé actualmente para Irak. Una vez que se ha desarmado y se ha reformado completamente un país para que encaje bien dentro de las necesidades de los países del centro del mundo capitalista, la «construcción nacional» habrá finalizado y es presumible que la ocupación tocará a su fin. Pero, en la áreas que contienen recursos vitales como el petróleo (o que se consideran de importancia estratégica para lograr el acceso a dichos recursos), la vuelta atrás para pasar de un imperialismo formal a otro informal después de la invasión puede que se produzca con lentitud —o sólo de forma limitada. El «control informal», o el mecanismo de acumulación global que favorece sistemáticamente a las naciones del centro, representa el modo normal de operar de la explotación imperialista de la periferia. Pero a veces requiere medios extraordinarios para que los estados reacios vuelvan a conformarse al mercado y a la jerarquía internacional del poder, en cuya cima se encuentran los Estados Unidos.

Actualmente, el imperialismo estadounidense es particularmente descarado porque está directamente vinculado a la guerra en el modo expuesto y apunta hacia una serie interminable de guerras en el futuro para conseguir esencialmente los mismos objetivos. Sin embargo, si queremos comprender las fuerzas subyacentes que operan, no deberíamos permitir que el aumento del militarismo y de las agresiones nos distrajeran de la lógica interna del imperialismo, que resulta claramente patente a la vista de la creciente distancia en rentas y riqueza que separa a países ricos y pobres, así como de las transferencias de excedentes económicos desde la periferia al centro que la hace posible. La creciente polarización de la riqueza y la pobreza entre naciones (una polarización que también se da dentro de las naciones) es el máximo logro del sistema en el escenario mundial. También es lo que está en juego en la lucha contra el imperialismo moderno. Como sostiene Magdoff en *Imperialism without Colonies*, existe una unidad esencial entre el dominio económico, político y militar en el capitalismo. Quienes pretendan oponerse a las manifestaciones del imperialismo deben reconocer que es imposible desafiar eficazmente cualquiera de esos dominios sin cuestionar al mismo tiempo todos los demás y, por lo tanto, la totalidad del sistema.